

## VERITAS LIBERABIT VOS (Jn 8, 32)

ANTONIO GARCÍA-MORENO

El tema de la libertad en San Juan, según Jn 8, 32, ya lo traté en el VI Simposio Internacional de Teología del año 1983. Los casi veinte años transcurridos justifican la vuelta al tema. Sin embargo, el motivo de retornar a tan importante cuestión está en la celebración del centenario del nacimiento del Fundador del Opus Dei, cuya doctrina sobre la libertad me dio entonces la clave para la interpretación que hice, bastante original desde el punto de vista exegetico, ya que en ningún autor la encontré formulada de modo explícito<sup>1</sup>. En el año del centenario es justo recordar sus palabras, no sólo para conocer mejor su figura, sino sobre todo para difundir su doctrina, esas luces que el Señor puso en su corazón y en su mente, reconocidas por la Iglesia como válidas y valiosas para la nueva y perenne evangelización.

Al tratar de la libertad conviene aclarar en qué sentido, o bajo qué aspecto, lo hacemos. Es decir, podemos hablar de la libertad, según el Diccionario de la lengua española de la Real Academia de 1992, como «facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra, y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos». Pero también, según el citado diccionario, se puede hablar de libertad como «facilidad, soltura, disposición natural para hacer una cosa con destreza». En el primer sentido, todo hombre posee la facultad de actuar con libertad, mientras que en el otro aspecto no todos poseen la facilidad de actuar con libertad o soltura.

También conviene señalar que la libertad la podemos contemplar desde el ángulo de la Soteriología, o desde la perspectiva de la Moral. En el campo de la salvación del hombre la libertad implica la liberación de la esclavitud a que estaba sometido el hombre desde el pecado de Adán, gracias a la muerte de Cristo en la Cruz. Junto a la liberación del pecado, que podemos llamar Redención, está la donación de una vida nueva, esa filiación divina de que habla el Prólogo de

1. Cfr. AA.VV., *Dios y el hombre*, Pamplona 1985, pp. 641-658.

San Juan, o ese nacer de nuevo, o regeneración de que habla Jesús a Nicodemo, según nos refiere el IV Evangelio<sup>2</sup>. Por lo cual podemos hablar de liberación y divinización del hombre<sup>3</sup>. Además del campo de la Soteriología, decíamos que la libertad se puede contemplar desde la perspectiva de la Moral. En este campo la libertad del acto humano es fundamental, hasta el punto que una acción realizada a la fuerza, bajo una coacción irresistible, no puede considerar propiamente como un acto moral. Y es este aspecto el que predomina cuando el Señor dice que si conocemos la verdad, entonces seremos realmente libres.

# 1. LA TRADUCCIÓN DE JN 8, 32

Acabamos de decir que el conocimiento de la verdad nos hará realmente libres, en lugar de «la verdad os hará libres», traducción predominante, pero sólo correcta si se matiza y explica. En efecto, la verdad no hace libre al hombre pues, aunque esté en el error, el hombre es siempre libre. Pero antes de entrar en detalles, nos centramos en las palabras de Jesús a los judíos que hablan con él en esa ocasión<sup>4</sup>.

El pasaje objeto de nuestro estudio<sup>5</sup> está situado en la IV Sección de la I Parte del Evangelio según S. Juan, o *Libro de los signos*<sup>6</sup>, desarro-

2. Cfr. Jn 3, 3s.

3. En este sentido recordemos al profesor Capdevila i Montaner cuando afirma que «la gracia de Cristo es siempre a la vez liberación y divinización. Son dos aspectos inseparables de la misma realidad salvífica. Insistir en la liberación con menoscabo de la divinización lleva consigo el riesgo de minimizar la redención de Jesucristo...». Por eso queremos dejar constancia de que al tratar de la liberación, no olvidamos el otro aspecto capital de la salvación, la divinización del hombre. Sin embargo, al hablar de liberación y divinización, no se pueden separar ambas realidades salvíficas (cfr. V.M. CAPDEVILA I MONTANER, *Liberación y divinización del hombre. Teología de la gracia*, Salamanca 1994, v. 2, pp. 11, 359).

4. Esta aclaración nos resulta obvia e innecesaria. Sin embargo, ante las acusaciones de antisemitismo que se vienen haciendo contra el IV Evangelio, es conveniente recordar que los judíos a que se refiere con frecuencia el hagiógrafo, también de raza hebrea, no es el pueblo judío como tal, y mucho menos los judíos de todos los tiempos. En el documento de la PONTIFICIA COMISIÓN BÍBLICA, *El pueblo judío y sus Escrituras Sagradas en la Biblia cristiana*, Roma, Fiesta de la Ascensión 2001, se aborda y aclara ampliamente esta cuestión.

5. Sobre este tema pueden consultarse a J. LOZANO, *El concepto de verdad en San Juan*, Salamanca 1964; YU IBUKI, *Die Wahrheit in Johannesevangelium*, Bonn 1972; J.M. CASABO, *La liberación en San Juan*, «Revista Bíblica» 34 (1974) 225-242; S. SABUGAL, *Y la verdad os hará libres (Jn 8, 32 a la luz de TP, I, Gen 15-11)*, «Augustinianum» 14 (1974) 177-181; J. TUNÍ, *La verdad os hará libres: Jn 8, 32*, Barcelona 1975; F. MANNS, *La vérité vous fera libres. Étude exégétique de Jean 8, 31-59*, Jerusalén 1976; I. DE LA POTTERIE, *La vérité dans S. Jean*, Roma 1977; G. RUSSO, *Libertà nella filiazione. Riflessioni teologico-etiche su Gv 8, 31-59*, «Asprenas» 39 (1992) 179-198.

6. Seguimos la división presentada en AA.VV., *Sagrada Biblia. Santos Evangelios*, Pamplona 1995, pp. 1101s. Sobre el aspecto literario de este pasaje puede verse R. ROBERT, *Étude littéraire de Jean VIII, 21-59*, «Revue Thomiste» 89 (1989) 71-84.

llada en torno a la Fiesta de los Tabernáculos. Jn 8, 32 forma parte de la perícopa comprendida en Jn 8, 31-47<sup>7</sup>. La unidad del pasaje está entramada en torno a los conceptos verdad y libertad, y sus contrapuestos mentira y esclavitud<sup>8</sup>. Al inicio de la perícopa se conecta la verdad con la liberación. Se suele traducir ἐλευθερώσοι, *eleutherósoi* (v. 32) por «os hará libres», pero una traducción más fiel dirá «os liberará»<sup>9</sup>. Por otro lado, insistimos, el hombre es libre por naturaleza, conozca o no la verdad. Por tanto ésta no lo hace libre, sino que lo libera de aquello que malogra su libertad, convirtiéndola en libertinaje. Es decir, el hombre puede ser libre para el bien o para el mal, ya que de ordinario actúa según su deseo. Sin embargo, es cierto que en ocasiones quisiera hacer una cosa y hace otra, hacer el bien y hace el mal, como el mismo San Pablo confiesa de sí mismo<sup>10</sup>. Por eso dice el Señor que quien comete el pecado es esclavo de ese pecado (v. 34).

Por tanto, la frase hay que entenderla en el sentido de que la verdad que Cristo proclama liberará al hombre, le capacitará para ejercer su libertad de manera adecuada, según lo que verdaderamente le conviene y, además, de forma gustosa, libérrima, porque le da la gana. Eso ocurre porque le muestra lo que en realidad es bueno en orden a su salvación y le ayuda con la gracia a realizarlo.

Estas palabras exigen una reflexión, no sólo en cuanto a la verdad, sobre lo cual se ha escrito mucho, sino también en cuanto a la libertad, sobre lo cual también se han dicho muchas cosas, pero menos

7. Esta es la división de la Neovulgata, que sigue aquí E. NESTLÉ-K. ALAND, *Novum Testamentum Graece et Latine*, edición XXVII, Stuttgart 1994, pp. 276-277.

8. «(31) Decía Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permanecéis en mi palabra, sois en verdad (ἀληθῶς, *alethōs*) discípulos míos, (32) conoceréis la verdad (ἀλήθειαν, *alétheian*) y la verdad os liberará (ἀλήθεια ἐλευθερώσει, *alétheia eleutherōsei*). (33) Respondieron: somos linaje de Abrahán y jamás hemos sido esclavos (δεδουλεύκαμεν, *dedouleúkamen*) de nadie. ¿Cómo dices tú: Os haréis libres (ἐλευθερώσει γενήσεσθε, *eleútheroi genésthe*)? (34) Jesús les respondió: En verdad, en verdad (ἀμὴν ἀμὴν, *amen, amen*). Es una frase hecha cuyo substrato hebraico es evidente) os digo: Todo el que comete pecado, esclavo (δουλός, *doúlos*) es del pecado. (35) El esclavo (δουλός, *doúlos*) no se queda en casa para siempre; mientras que el hijo se queda para siempre; (36) pues, si el Hijo os libera (ἐλευθερώσῃ, *eleutherōse*) seréis verdaderamente libres (ἐλεύθεροι, *eleútheroi*)... (44) Vosotros tenéis por padre al diablo... él era homicida desde el principio, y no se mantuvo en la verdad (ἀληθεία, *aletheia*) porque no hay verdad (ἀλήθεια *alétheia*) en él. Cuando habla la mentira (ψευδος, *pseudos*), de lo suyo habla, porque es mentiroso (ψεύτης, *pseútes*) y padre de ella. (45) Sin embargo, a mí que os digo la verdad (ἀλήθειαν, *alétheian*), no me creéis. (46) ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? Si digo la verdad (ἀλήθειαν, *alétheian*), ¿por qué no me creéis?».

9. Cfr. Así traducen la Neovulgata, la Nacar-Colunga, la Biblia de Jerusalén, etc. Incluso algunas versiones que optan por «hacer libres», en el v. 36 traducen el mismo verbo (ἐλευθερώσῃ, *eleutherōse*) por «libertar» o «librar», por ej. la versión de la AFEFE, la de la Universidad de Navarra, etc.

10. Cfr. Rm 7, 19.

quizá con referencia a este texto. Insistimos en que el hombre es siempre libre, en cuanto que al actuar lo hace porque quiere hacerlo así, al menos en el acto como tal. Pero también es cierto que esa libertad está en ocasiones mediatizada por factores externos, e incluso por elementos internos al mismo hombre. Podríamos decir entonces que la libertad está herida o tarada. Y en lugar de hacer el bien, hace el mal. Por ello, con San Agustín, podemos afirmar que «la primera libertad es no cometer delitos...»<sup>11</sup>. Esto supuesto, podemos decir que la liberación que Cristo promete es precisamente facilitar al hombre el ejercicio correcto de su libertad, capacitarlo para el bien y fortalecerlo contra el mal. En esa línea nos parece que hay que interpretar las palabras del Señor.

Pero antes de llegar a la conclusión, volvamos a nuestro pasaje. En el contexto se habla de la aceptación del mensaje de Jesús por parte de sus oyentes. Nos encontramos, como dijimos, en la fiesta de los Tabernáculos de la que se habla al inicio del capítulo séptimo. El Señor participa en aquellas ceremonias que rememoraban la liberación de Israel y su caminar por el desierto, guarecido en tiendas de campaña, hasta llegar a la tierra prometida.

Como otras veces, el Rabí de Nazareth enseña a cuantos le siguen, tomando pie para su predicación de cuanto le rodea. Por su parte, San Juan destaca con fuerza el marco festivo y cultural en el que el Señor exponía entonces su doctrina, así como pone de relieve que Jesús enseñaba en el Templo<sup>12</sup>. En esta ubicación del Evangelista es válido ver la intención de presentar la revelación de Cristo destacando su vertiente divina, en cuanto que sus palabras resuenan en el ámbito de la שכינה, *Shekinah*, la presencia viva de Dios en medio de su Pueblo. Recordemos al respecto que San Juan nos dice en el Prólogo que el Verbo se hizo carne y habitó (ἐσκήνωσεν, *eskénosen*, entre nosotros)<sup>13</sup>, iniciando

11. *Tract. in Joan. Evang.*, 41, 10. Sigue el texto de San Agustín: «Cuando el hombre empieza a no tener tales delitos (el cristiano no debe tenerlos), comienza a levantar la cabeza hacia la libertad; pero ésta es una libertad incoada, no es perfecta. ¿Por qué, dirá alguno, no es libertad perfecta? Porque veo en mis miembros otra ley que resiste a la ley de mi espíritu, y el espíritu, por cuanto no hago el bien que quiero, sino que hago el mal que aborrezco». Sigue hablando de las malas inclinaciones del hombre y concluye que todas esas dificultades, verdaderos obstáculos contra nuestra libertad, quedan paliadas o eliminadas cuando encontramos nuestro deleite en la ley divina. Por eso añade que «de donde nos viene el deleite en la ley de Dios nos viene la libertad».

12. En Jn 8, 20 se dice expresamente que «estas palabras las dijo Jesús en el gazofilacio, enseñando en el Templo». A continuación se refiere que «Jesús les dijo de nuevo», sin especificar en qué lugar. Pero al final del capítulo (8, 59) se afirma que «Jesús salió del Templo».

13. Las dos palabras, שכינה, *shekinah* y ἐσκήνωσεν, *eskénosen*, tienen los mismos sonidos consonánticos. En este detalle se ha querido ver la intención del evangelista de señalar de esa forma a Jesús como el nuevo Templo, en donde Dios está presente de modo definitivo al hacerse hombre y habitar entre nosotros. Cfr. F.J. MOLONEY, *Reading John 2:13-22. The Purification of the Temple*, «Revue Biblique» 97 (1990) 450.

así su condición de nuevo Templo<sup>14</sup>, ese que se alzaré luminoso en la Jerusalén Celestial<sup>15</sup>. Por otra parte, el hecho de que enseñe en esta fiesta, que conmemora el Éxodo como liberación de la esclavitud de Egipto, presta una mayor fuerza a las palabras de Jesucristo, que tratamos ahora de estudiar para ver en qué sentido se dice que la verdad hace libre al hombre. Seguimos pensando que la interpretación que tratamos de exponer enriquece la gama de explicaciones que se suelen dar a Jn 8, 32, sin excluir expresamente ninguna de ellas.

En este pasaje, decíamos, muchos al oírle creyeron en él. A éstos les dice entonces Jesús que si permanecen en sus palabras y son discípulos suyos, entonces conocerán la verdad y la verdad los liberará. Esta afirmación suscita en sus interlocutores una reacción de protesta. Por el contexto vemos que, además de los que habían creído en Jesús, había otros que no aceptaban sus palabras y se oponen a ellas.

La frase de Jesús sobre el modo de alcanzar la libertad les ha herido en una de sus fibras más sensibles, les ha ofendido en su orgullo nacional, en su profundo amor a la independencia y a la libertad, en su convicción de ser el Pueblo elegido, que nunca podía aceptar el yugo extranjero ni renunciar a su peculiar condición de Pueblo de Dios, que a nadie podía quedar subyugado<sup>16</sup>. Es una actitud que se refleja en los escritos judíos más o menos coetáneos. Así R. Akiba, de fines del s. I y principios del s. II d.C., refiere cómo el hecho de ser descendientes de Abrahám les movía a considerarse nacidos de noble cuna, pertenecientes a una casta privilegiada (εὐγένεια, *eugéneia*)<sup>17</sup>, gracias a la cual todo israelita podía tenerse por una persona ilustre, aun cuando su situación económica fuera precaria. En este contexto han de entenderse las palabras del Bautista sobre la posibilidad de sacar de las piedras hijos de Abrahám, dirigidas a quienes presumían de su condición de israelitas<sup>18</sup>.

## 2. EL SENTIDO DE LA LIBERTAD

Los fariseos acentuaban ese sentido de libertad al considerarla como algo íntimo, una cualidad interior que podía darse en el israelita.

14. Cfr. Jn 2, 19-21.

15. Cfr. Ap 21, 22.

16. «Pese a toda opresión política, se saben hijos libres de Abrahám, que interiormente jamás se han doblegado a un dominio extranjero» (R. SCHNACKENBURG, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1980, t. II, p. 261). Cfr. E. RIVKIN, *Che cosa crocifisse Gesù?*, en J.H. CHARLESWORTH, *L'ebraicità di Gesù*, Torino 2002, p. 238.

17. Cfr. J. BLANK, *El Evangelio según San Juan*, Barcelona 1984, t. 1B, p. 164.

18. Cfr. Mt 3, 9 y par...

lita, aun cuando externamente estuviera coartado por la fuerza<sup>19</sup>. Para otros grupos del judaísmo, sin embargo, la libertad supone la ausencia de toda coacción externa. Entre esos sectores destacaban los zelotes por su «insuperable amor a la libertad», ya que sólo querían «reconocer a Dios como al único Señor y rey»<sup>20</sup>. Persuadidos hasta el fanatismo de esa realidad, preferían morir antes que someterse a un poder extraño y perder su libertad. Un hecho paradigmático de esto lo tenemos en Masada, donde bajo las órdenes de Eleazar todos prefirieron el suicidio colectivo, antes que rendirse y perder la libertad<sup>21</sup>. En este contexto de orgullo nacional y de pasión por la libertad, se entiende que no acepten en modo alguno que nadie les hable de alcanzar la libertad, puesto que ellos son plenamente libres, al menos con esa libertad interior de que hablábamos antes.

No obstante Jesús les acusa de pecado y les dice: «el que comete pecado, esclavo es del pecado»<sup>22</sup>. Alude también el Señor a la diferencia entre el hijo, que habita siempre en la casa, y el esclavo que puede salir de ella por ser vendido o alcanzar la manumisión. Concluye el Señor asegurándoles que si el Hijo les libera, serán entonces realmente libres<sup>23</sup>. La promesa de que la verdad les liberará llamó la atención de sus oyentes y es, desde luego, una de esas frases evangélicas de alcance universal, «una de aquellas magníficas formulaciones joánicas que todavía no han perdido nada de su esplendor refulgente»<sup>24</sup>, una frase proverbial «que ya forma parte del mejor patrimonio de la humanidad»<sup>25</sup>. Es, además, un texto difícil de explicar, susceptible de diversas interpretaciones, no siempre claras y del todo admisibles. Digamos, ante todo, que no se trata de una libertad política o social, de índole externa o dentro de un nivel meramente temporal y terreno. Antes al contrario, se trata de una libertad que hunde sus raíces en lo más profundo de la existencia humana, que libra al hombre de la esclavitud e influencia opresora del Maligno, de cuanto pueda haber en el hombre de rémora y freno en la práctica del bien. Se trata de la libertad escatológica que, como ocurre en la escatología joannea, ya comienza a realizarse en la vida presente<sup>26</sup>. Para hacer comprender su naturaleza,

19. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 262.

20. F. JOSEFO, *Antiquitates iudaicae*, XVIII, 23.

21. F. Josefo refiere las últimas palabras del jefe judío de la guarnición que resistió frente a Roma, en las que se recuerda la decisión tomada de no servir a nadie más que a Dios, habiendo llegado la hora de «demostrar con hechos esos sentimientos» (*De bello iudaico*, VII, 322).

22. Jn 8, 34.

23. Cfr. Jn 8, 36.

24. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 260.

25. J. BLANK, *o.c.*, p. 161.

26. Cfr. A. GARCÍA-MORENO, *La escatología joánica*, en AA.VV., *Escatología y vida cristiana*, Pamplona 2002, pp. 213-226.

Jesús recurre como vimos, a una especie de parábola<sup>27</sup>. Se trata de una comunidad doméstica con hijos y esclavos. Aparte de la permanencia o no de unos y otros<sup>28</sup>, la diferente condición estaba sobre todo en que el hijo participa de los bienes del padre como de algo propio, mientras que el esclavo no.

Por otra parte, la formulación en futuro del logro de la libertad, no implica que esto ocurra más allá de la muerte. Es cierto que, en su grado pleno y definitivo, el hombre sólo alcanzará la liberación cuando llegue a la contemplación del Bien supremo, cuando nada podrá perturbar ya al hombre en la consecución de su último fin. En este sentido, como ya vimos, San Agustín enseña que cuando el hombre no comete delitos graves «comienza a levantar la cabeza hacia la libertad, pero ésta es una libertad incoada, no es perfecta»<sup>29</sup>. Mas para nuestro hagiógrafo la salvación, y por tanto la liberación, se inicia en esta vida, cuando el hombre cree en Cristo y entonces «pasa de la muerte a la vida»<sup>30</sup>.

Así como está clara la peculiaridad de la liberación que Cristo promete, no lo está tanto la recta comprensión del concepto de verdad en San Juan. Como paso previo en el estudio de esta cuestión, es preciso señalar que nuestro autor inspirado se diferencia en mucho respecto a los otros evangelistas por la frecuencia, notoriamente mayor, con que utiliza el término ἀλήθεια, *alétheia*. Así, mientras que San Mateo lo utiliza sólo una vez, San Marcos y San Lucas lo emplean tres veces cada uno, y San Juan lo usa venticinco veces<sup>31</sup>.

Generalmente se venía interpretando la verdad en San Juan desde un punto de vista filosófico, emparentado en gran parte con el pensamiento griego<sup>32</sup>, e incluso se relacionaba el concepto de verdad en San Juan con el sentido dado a la verdad por Platón, como una de las ideas subsistentes que se identifica con Dios. La verdad es entonces aquello que es conforme con la realidad, o la realidad misma en cuanto que se hace clara al entendimiento. Hoy día este concepto, procedente de «la concepción intelectualista de los griegos»<sup>33</sup>, se suele descartar

27. Aunque no es frecuente, también la parábola, tan abundante en los Sinópticos, es usada por el Señor en los relatos joanneos (cfr. C.H. DODD, *Historical Tradition in the Fourth Gospel*, Cambridge 1963, pp. 366-387).

28. Cfr. P. BILLERBECK-H.L. STRACK, *Kommentar zum Neuen Testament aus Talmud und Midrasch*, Munich 1956, t. IV, pp. 689-744.

29. *Tract. in Joan. Evang.*, 41, 10.

30. Cfr. Jn 5, 24.

31. En las epístolas joanneas se habla en veinte ocasiones de la verdad. Dado que en todo el Nuevo Testamento se usa el término ἀλήθεια, *alétheia*, ciento nueve veces, casi la mitad pertenecen a nuestro hagiógrafo.

32. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 271.

33. I. DE LA POTTERIE, en *Vocabulario de teología bíblica* de X. LÉON-DUFOUR, Barcelona 1965, p. 821.



del pensamiento joanneo. «En el mejor de los casos Jn sólo toca marginalmente el concepto clásico de verdad (filosófico) de los griegos»<sup>34</sup>. No obstante, hay momentos en los que San Juan habla de la verdad en ese sentido filosófico, que prevalece entre nosotros como «un juicio o proposición que no se puede negar racionalmente»<sup>35</sup>. Así, por ejemplo, hay que interpretar Jn 19, 35 cuando se insiste que «el que lo vio da testimonio y su testimonio es verdadero, ἀληθινῇ, *alethiné*; y él sabe que dice la verdad, ἀληθῇ, *alethé*, para que también vosotros creáis». Como se puede observar la palabra utilizada no es el sustantivo ἀλήθεια, *alétheia*, sino el adjetivo ἀληθής, *alethés*. Pero, como hemos dicho, el sentido de la frase recoge el concepto tradicional de algo que es verdad, verdadero, real. En este aspecto son muchas las ocasiones en que San Juan opone una realidad verdadera a otra falsa, o que destaca con fuerza que se trata de algo verdadero. Así se habla de la luz verdadera<sup>36</sup>, de los verdaderos adoradores<sup>37</sup>, del pan verdadero<sup>38</sup>, de la vid verdadera<sup>39</sup>, del testimonio verdadero<sup>40</sup>.

El admitir en San Juan la verdad como referencia a una cosa real, con un sentido filosófico, no significa que no se haya de buscar en otros campos ideológicos, presentes en los escritos joanneos, algunos elementos o datos que nos ayuden a comprender mejor el concepto de verdad en el IV Evangelio. Es decir, estamos convencidos de que el uso que hace nuestro autor del término verdad es bastante complejo y original<sup>41</sup> y que, por tanto, cualquier interpretación exclusivista es inadmisibile, ya que es posible hablar en nuestro caso, de «una cierta polivalencia» de significado<sup>42</sup>, como ocurre otras veces en el texto joánico.

Dentro de las diversas interpretaciones que se han venido haciendo, señalemos a R. Bultmann, con cierta resonancia en algunos sectores, relacionados en mayor o menor grado con el racionalismo crítico. Para este exégeta protestante la terminología de San Juan se acerca mucho a la del dualismo helenístico-gnóstico, aunque con matices. Así la oposición verdad-mentira hay que verla no a un ni-

34. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 272.

35. *Diccionario de la lengua española*, Real Academia Española, Madrid 1970.

36. Cfr. Jn 1, 9.

37. Cfr. Jn 4, 23.

38. Cfr. Jn 6, 32.

39. Cfr. Jn 15, 1.

40. Cfr. Jn 5, 31; 8, 14; 21, 24, etc. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 271.

41. Cfr. R.R. BULTMANN, *Grande Lessico del Nuovo Testamento* de R. Kittel, Brescia 1965, t. I, c. 658.

42. Cfr. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 71.



vel cósmico sino existencial. Según esta opinión la ἀλήθεια, *alétheia*, es sinónimo del ser auténtico, de la realidad divina. Es una acepción radicada en el dualismo griego, que determina esencialmente el uso de ἀλήθεια, *alétheia*, sobre todo en la epístola a los Hebreos. En ese mismo sentido se usa en San Juan.

Según Bultmann, en los escritos joanneos ἀλήθεια, *alétheia*, indica la esfera de lo divino en cuanto contrapuesta a la esfera demoníaca, al mismo tiempo que es manifestación de sí misma, es revelación, una palabra que se escucha como una oferta que se hace al hombre, quien al escucharla aceptándola humildemente, la hace suya propia. Se observa, dentro de esta interpretación, que el uso de ἀλήθεια, *alétheia*, adquiere un especial significado, en cuanto que para San Juan la revelación hecha por Cristo es concebida, en cierto modo, como la antítesis de la Torah. Sin embargo, hay alguna conexión con ésta, ya que para San Juan la verdad se parangona con la luz, lo mismo que la Ley que, además, como la verdad en San Juan, libera al hombre<sup>43</sup>.

Reconoce Bultmann que el uso que hace San Juan del término ἀλήθεια, *alétheia*, abarca casi todos los sentidos y matices que puede tener dicho vocablo<sup>44</sup>, pero considera que predomina el que se deriva del lenguaje propio de la mitología gnóstica. Para nuestro evangelista, según esta opinión, cuando afirma que Jesús dice la verdad se puede entender tanto en el sentido moral y común de que dice lo cierto, como en el sentido de un anuncio de la revelación<sup>45</sup>. Cuando la verdad se presenta como revelación, la verdad es objeto de conocimiento. Entonces el hombre llega a conseguir ese conocimiento y queda transformado interiormente. Así habría que entender Jn 8, 32, donde sería un grave error interpretar la verdad en sentido formal, o como la verdad de un hecho real, ya que la palabra ἀλήθεια, *alétheia*, no indica ahí cualquier conocimiento objetivo, sino sólo el conocimiento de la revelación, del mismo modo que la libertad (ἐλευθερία, *eleuthería*) no es simplemente la libertad de conciencia sino la libertad del pecado<sup>46</sup>. Tampoco la revelación sería un sistema de principios, ni una doctrina cosmológica o soteriológica, sino una llamada que se realiza en un concreto y personal encuentro.

Dentro de esta línea se interpretarían otros pasajes joanneos relativos a la verdad<sup>47</sup>. Aunque esta interpretación tiene un estimable va-

43. Cfr. P. BILLERBECK-H.L. STRACK, *o.c.*, t. III, pp. 129s. y t. II, p. 522.

44. Es una observación que apoya la interpretación adoptada para Jn 8, 32, según veremos más adelante.

45. Así habría que entenderlo en Jn 5, 35; 8, 40.45 y 18, 37.

46. Cfr. Jn 8, 34. Lo mismo vale para Jn 17, 17.19.

47. Cfr. R. BULTMANN, *o.c.*, c. 662s.

lor, e incluso resulta a veces sugerente, adolece del defecto de hacer depender demasiado, sin un fundamento real al IV Evangelio de los escritos gnósticos. Es cierto que en más de una ocasión apunta Bultmann la originalidad joannea y las diferencias que le separan de la gnosis, pero en estudios posteriores, sobre todo a partir de Qumrán, se ha comprobado que San Juan está más lejos del mundo helenístico de lo que pudo parecer en años anteriores.

Otro autor que creyó ver una íntima conexión de San Juan con el helenismo fue C.H. Dodd, que llegó a defender que la ἀλήθεια, *alétheia* en San Juan apunta hacia la realidad divina, en identidad casi con la concepción platónica, aunque emparentándose con ella no de modo directo, sino a través de los escritos herméticos<sup>48</sup>.

Es verdad que en los ambientes gnósticos halló el IV Evangelio una gran acogida, precisamente a causa del tema de la verdad, tan capital en San Juan y tan querido de los gnósticos. Así, entre otros escritos de los primeros siglos, el *Evangelio de Felipe* da una importancia especial a Jn 8, 32<sup>49</sup>. Sin embargo, la interpretación que da al pasaje es totalmente peculiar pues considera la libertad, efecto de la verdad, como algo que eleva los corazones por encima de este mundo, haciendo independiente al hombre y lejos de cualquier vinculación humana. Así se afirma que «la ignorancia es esclava, mientras que el conocimiento es libertad». Por este y por otros textos se ve como esa libertad es el resultado casi exclusivo del esfuerzo humano, mientras que para San Juan el conocimiento de la verdad o su consecución está ligada a la condición de discípulo de Cristo, y nadie llega a serlo si el Padre no lo atrae<sup>50</sup>.

Con respecto a los escritos gnósticos de NagHammadi, podemos destacar el llamado *Evangelium veritatis* que ya al inicio habla de que «el Evangelio de la verdad es alegría para quienes han recibido del Padre de la verdad la gracia de conocerle por la fuerza del Λόγος, *Lógos*, que ha venido desde el πλήρωμα, *plérōma*». La terminología coincide en gran parte con la de San Juan, pero el sentido no, ya que el conocimiento del «Padre de la verdad» es la gnosis, y no la fe como en el IV Evangelio. Lo mismo ocurre con otros aspectos reflejados en diferentes pasajes de este escrito copto<sup>51</sup>. Todos ellos presentan resonancias joanneas, «pero están indicando algo radicalmente distinto»<sup>52</sup>. Cabe

48. Cfr. C.H. DODD, *The Interpretation of the Fourth Gospel*, Cambridge 1958, pp. 170-178.

49. Pueden verse los *logion* 110 y 123.

50. Cfr. Jn 6, 37.44.

51. Cfr. Jn 17, 14-27; 18, 16-21; 26, 27-32; etc.

52. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 273.

mencionar también las *Odas de Salomón*, escrito en el que se leen frases como «una corona es la verdad»<sup>53</sup>, «el camino de la verdad»<sup>54</sup> «la verdad del Señor»<sup>55</sup>, etc. Son, como se ve, frases de gran belleza y muy próximas a la terminología joannea, pero tampoco en este caso los conceptos coinciden. La afinidad con estos escritos deriva no de ellos mismos, sino de sus raíces que conservan «una forma antigua de hablar que deriva del judaísmo y que se encuentra también en San Juan»<sup>56</sup>.

### 3. REFERENCIA A QUMRÁN

Otro de los campos en los que se ha intentado encontrar un posible trasfondo de la verdad en San Juan ha sido el constituido por los escritos de Qumrán<sup>57</sup>. Después de un estudio comparativo, existe la hipótesis de que el Evangelista, al ser discípulo del Bautista, haya recibido el influjo esenio a través de él, creyéndose que Lc 1, 50 apoya una posible estancia del hijo de Zacarías con los monjes del desierto. De ese modo la doctrina, o al menos la terminología, habría pasado de Qumrán al Evangelista por medio del Precursor de Cristo. Con respecto a la verdad, los escritos qumránnicos permiten comprender mejor el concepto del IV Evangelio. No obstante, también en este caso conserva nuestro hagiógrafo su peculiaridad.

Así mientras que esos grupos esenios se apoyan en sus sabios y maestros, para nuestro evangelista es Cristo quien encierra en sí toda la verdad que Dios revela para la salvación. «En Jn Jesús no es sólo intérprete de la revelación antigua y un maestro de la verdad sino que a través de su revelación inmediata y universal acerca del Padre se convierte personalmente en el camino por el que se llega al Padre»<sup>58</sup>. Según los *Himnos* de Qumrán «la inteligencia de la verdad de Dios» se identifica con el conocimiento de los misterios de Dios<sup>59</sup>. Es, por otra parte, un conocimiento que se conecta con la interpretación de la Ley. Así en el *Manual de disciplina* se afirma que «convertirse a la verdad» equivale a «convertirse a la Ley de Moisés»<sup>60</sup>.

53. *O.c.*, 9, 8.

54. *O.c.*, 11, 3.

55. *O.c.*, 31, 2.

56. I. DE LA POTTERIE, *Je suis la Voie, la Vérité et la Vie*, «Nouvelle Revue Theologique» 98 (1966) 918.

57. Cfr. Y. DE LA POTTERIE, *L'arrière-fond du thème johannique de vérité*, en «Studia evangelica» (Berlin 1959) 277-294.

58. Cfr. R. SCHNACKENBURG, *o.c.*, p. 278.

59. Cfr. IQH 7, 26s.

60. Cfr. IQS 6, 15, 5, 8.

La verdad tiene, además, una dimensión moral, en oposición a la iniquidad. En este sentido «los hijos de la verdad» siguen los «caminos de la verdad»<sup>61</sup>. También aquí, lo mismo que en el gnosticismo, es preciso reconocer que los contactos existentes son de índole superficial, reducidos al campo de la semántica. Además, en el caso de Qumrán hay que tener también en cuenta el hecho de la común influencia recibida del Antiguo Testamento, tanto en los esenios como en San Juan. Uno y otros lo conocen, aceptan sus promesas y su revelación. Pero cada uno le da su propia interpretación. De aquí que a veces coincidan en la temática y en el modo de exponerla, aunque no en la forma de entenderla<sup>62</sup>.

Otra zona, considerada de interés, para conocer el sentido de la verdad en San Juan es la de la tradición apocalíptica y sapiencial. En esta línea de pensamiento ha trabajado con amplitud el profesor De la Potterie<sup>63</sup>. Con él podemos admitir que la tradición judía, tan cercana en sus manifestaciones a la llegada de Cristo, prepara en cierto modo al Nuevo Testamento. No porque éste sea el último eslabón de una determinada corriente de pensamiento, sino porque los hagiógrafos fueron coherentes con las ideas de su tiempo y supieron aprovechar, bajo la inspiración divina, lo que de alguna manera podría contribuir al entendimiento del mensaje evangélico.

En los escritos apocalípticos y sapienciales la verdad (אמת, 'emet) se relaciona estrechamente con la sabiduría (הכמה, hokmah), y el misterio (רז, raz), como se desprende del *Libro de Henoc* y en el *Apocalipsis de Baruc*. Según esa concepción, la verdad de Dios viene a coincidir con la enseñanza divina, «la Ley misma que Dios enseña a observar»<sup>64</sup>. Es un conjunto de doctrina que los sacerdotes han de transmitir<sup>65</sup>. En este sentido dice el sabio de Israel: «Adquiere la verdad, no la vendas: sabiduría, disciplina e inteligencia»<sup>66</sup>.

En esta línea la verdad se identifica con el plan y querer de Dios según su designio salvífico. Desde esa vertiente conceptual, la verdad se relaciona con el misterio. Así vemos como el arcángel Rafael afirma: «Os voy a decir la verdad, sin ocultaros nada. Ya os he manifestado

61. Cfr. IQS 4, 5; 4, 17.

62. Sobre el concepto joanneo de verdad y sus relaciones con Qumrán puede verse J. BECKER, *Das Heil Gottes*, Göttingen 1964, pp. 217-237. También es interesante la monografía de J. LOZANO, *El concepto de verdad en San Juan*, Salamanca 1964, de la que R. SCHNACKENBURG dice que «al ser publicada en España apenas mereció atención» (*o.c.*, p. 582, n. 87). Un aliciente más para los autores hispanos...

63. En su obra *La vérité dans Saint Jean*, publicada en Roma en 1977, se recoge extensamente su pensamiento sobre el tema.

64. I. DE LA POTTERIE, en *Vocabulario de teología bíblica* de X. LÉON-DUFOUR, Barcelona 1965, p. 822.

65. Cfr. Mt 2, 6.

66. Pr 23, 23. También puede verse Pr 8, 7; 22, 21; Qo 12, 10; Si 4, 28.

que es bueno mantener oculto el secreto del rey»<sup>67</sup>. Por otra parte, dice el libro de la Sabiduría que los justos, en el juicio, «comprenderán la verdad»<sup>68</sup>, es decir, entenderán los planes providenciales de Dios sobre los hombres. En otro momento, cuando Daniel habla del «libro de la verdad»<sup>69</sup> se está refiriendo al libro en el que está consignado el decreto eterno de Dios. Se considera, además, que la verdad divina coincide con la revelación de su designio, o con la explicación de su sentido<sup>70</sup>. En esta línea de pensamiento se sitúa, según De la Potterie, la concepción joannea que apunta de continuo a la teología de la revelación. El autor del IV Evangelio «no hace sino desarrollar el tema apocalíptico y sapiencial de la verdad revelada —reasumido por lo demás en el Nuevo Testamento— pero insistiendo más en el carácter revelado y en la fuerza interior de la verdad»<sup>71</sup>. Por eso, para San Juan la verdad es la palabra del Padre<sup>72</sup>. También se identifica con la palabra de Cristo y ha de llevarnos a la fe<sup>73</sup>. Esa palabra la ha escuchado Cristo del Padre<sup>74</sup> y la proclama dando testimonio de ella revelándola<sup>75</sup>. Esta revelación contrasta con el Antiguo Testamento. Allí la Ley fue dada por Moisés, en el Nuevo Testamento la gracia y la verdad nos vienen por Jesucristo<sup>76</sup>, que es así la epifanía del Padre, su revelación total.

En este sentido hay que entender la frase «Yo soy la Verdad» que Jesucristo formula<sup>77</sup>. Y es la Verdad, sigue diciendo De la Potterie, no por ser Dios, sino porque siendo el Verbo hecho carne nos revela al Padre<sup>78</sup>. Gracias a eso conocemos la verdad, de modo que nuestra libertad actúa debidamente formada e informada de lo que es correcto. De ese modo al actuar somos realmente libres, pues hacemos lo que debemos y porque queremos.

Jesús explica esta realidad al añadir que es el Camino y la Vida. Cristo es, por tanto, el Camino que conduce al Padre por ser la Verdad, su revelación y, de esta forma, comunica la Vida divina<sup>79</sup> que Él

67. Tb 12, 11.

68. Sb 3, 9.

69. Dn 10, 21.

70. Cfr. Dn 8, 26; 10, 1; 11, 2.

71. I. DE LA POTTERIE, *ibid.*, p. 824.

72. Así dice en Jn 17, 17: «Conságralos en la verdad: Tu palabra es verdad». Cfr. También 1 Jn 1, 8-10.

73. Cfr. Jn 8, 31s., 45s.

74. Cfr. Jn 3, 33; 8, 26.40.

75. Cfr. Jn 8, 40.45; 18, 37.

76. Cfr. Jn 1, 17.

77. Cfr. Jn 14, 6.

78. Cfr. Jn 1, 18.

79. Cfr. Jn 1, 4; 3, 16; 6, 40.47.63; 17, 12; 1 Jn 5, 11s.

mismo posee y encarna<sup>80</sup>. Desde el punto de vista de la conducta moral esta interpretación considera la verdad conocida como una fuerza interior que mantiene e impulsa el obrar del hombre, aspecto éste relacionado con la liberación de que habla Jn 8, 32, y en cierto modo conectado con la interpretación que apuntaremos más adelante.

#### 4. LA VERDAD, MÓVIL DE LA VOLUNTAD

San Juan destaca el influjo de la verdad en la conducta del creyente, que ha de «ser de la verdad»<sup>81</sup>, y vivir «según la verdad»<sup>82</sup>. Sólo el que permanece en la verdad quedará realmente libre del poder del diablo<sup>83</sup> al que vencerá<sup>84</sup>. La Verdad, íntegra, es tan bella y atrayente que el entendimiento la desea sobre todo. Ello hace que la voluntad la ame y la secunde libre y gustosamente, con una actuación acorde con esa Verdad.

La voluntad, en efecto, actúa con más libertad si el móvil que determina su conducta es atrayente por su hermosura o bondad. De ahí la importancia de la Revelación divina. Gracias a ella conocemos, aunque sea a medias, la Verdad suprema que es el misterio divino y su decreto de salvación. Ese conocimiento abre ante la voluntad un panorama sumamente fascinante, le despierta el deseo, le provoca el anhelo, le enamora, introduce en el corazón un vivo amor. Ello le lleva a actuar con absoluta independencia y decisión lo que es bueno, gustosa y libremente. Podemos decir que nadie hay más libre que el enamorado, cuyo amor le lleva a realizar las empresas más árduas, sin desaliento posible. «El hombre es libre —afirma Juan Pablo II— mediante el amor, porque el amor es fuente de predilección para todo lo que es bueno»<sup>85</sup>. Cuando Jesús nos dice que su yugo es suave y su carga ligera, nos indica que cumplamos su mandamiento nuevo, «el primero y más trascendental: “Amarás al Señor tu Dios, con todo tu corazón”. Porque ¿qué cosa más fácil, más suave, más dulce que amar la bondad y la hermosura y el amor, todo ello encerrado en ti, mi Dios y Señor?»<sup>86</sup>.

Esta conexión entre el amor y la libertad la establece claramente el Bto. Josemaría. En efecto, estima él que jamás se siente uno más libre

80. Cfr. I. DE LA POTTERIE, *Je suis la Voie, la Vérité et la Vie (Jn 14, 6)*, «Nouvelle Revue Theologique» 98 (1966) 926.

81. Jn 18, 37.

82. 2 Jn 4.

83. Cfr. Jn 8, 31s.

84. Cfr. 1 Jn 2, 14.

85. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, p. 220.

86. S. ROBERTO BELLARMINO, *Opera omnia*, 6, 214.

que cuando la «libertad está tejida de amor»<sup>87</sup>. Por eso, dice también, Dios se hace el enconradizo con nosotros, se humilla para que podamos alcanzarlo, conocerle y amarlo, corresponderle con nuestra libertad rendida ante la maravilla no sólo de su poder, sino sobre todo por la maravilla de su condescendencia y cercanía<sup>88</sup>. De esa forma nuestra respuesta no será forzada, sino una decisión salida «de la intimidad del corazón»<sup>89</sup>, como personas libres, con una actuación «del dominio y del señorío propios de los que aman al señor por encima de todas las cosas»<sup>90</sup>.

Por eso es falso contraponer la libertad a la entrega amorosa, pues ésta es una consecuencia de la libertad, «la libertad y la entrega no se contradicen; se sostienen mutuamente»<sup>91</sup>. En la entrega amorosa la libertad se renueva, se excede con generosidad, se hace operativa y fecunda<sup>92</sup>. Es cierto que la entrega implica atarse, pero esa atadura no es una pesada cadena sino un yugo suave y una carga ligera<sup>93</sup>. En otro momento, al hablar de que el Reino de Cristo es Reino de libertad, afirma que en él no hay más siervos que los que lo son por amor a Dios: «Bendita esclavitud de amor, que nos hace libres»<sup>94</sup>. Por tanto, podemos admitir que al entregarnos nos hacemos esclavos, pero esclavos de Dios por amor, esto es, con toda libertad, sin coacción alguna, «porque me da la gana»<sup>95</sup>.

Y desde «ese momento perdemos la situación de esclavos, para convertirnos en amigos, en hijos. Y aquí se manifiesta la diferencia: afrontamos las honestas ocupaciones del mundo con la misma pasión, con el mismo afán que los demás, pero con paz en el fondo del alma; con alegría y serenidad, también en las contradicciones»<sup>96</sup>. ¿De dónde nos viene esa libertad?, se pregunta nuestro autor, para responder que nos viene de Cristo, según la doctrina paulina cuando afirma que «no somos hijos de la esclava, sino de la libre»<sup>97</sup>. Por eso nos re-

87. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Surco*, n. 787. En esta frase vemos relacionados dos elementos que consideramos fundamentales en la interpretación de Jn 8, 32, el amor y la liberación o libertad, aspecto que como dijimos tratamos en la comunicación del Simposio del 2002 de la Facultad de Teología.

88. ID., cfr. *Es Cristo que pasa*, n. 18.

89. Cfr., *o.c.*, n. 111.

90. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, n. 26.

91. *O.c.*, n. 30.

92. *O.c.*, n. 30.

93. Cfr. Mt 11, 29-30 «el yugo es la libertad, el yugo es el amor, el yugo es la unidad, el yugo es la vida, que Él nos ganó en la Cruz». *Amigos de Dios*, 31.

94. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Es Cristo que pasa*, n. 184.

95. Esta frase la repite y suele añadir «que es una razón muy sobrenatural». Con ello se indica que esa voluntariedad no es fruto del capricho sino de un profundo amor a Dios. Cfr. *o.c.*, nn. 35, 36.

96. *O.c.*, n. 34.

97. Ga 4, 31.



cuerda como Jesús les dice a los judíos: «Si el Hijo os alcanza la libertad, seréis verdaderamente libres»<sup>98</sup>.

Por tanto, el discípulo quedará liberado del error, fortalecido, santificado en la verdad<sup>99</sup> e incluso inmunizado contra el pecado<sup>100</sup>. Así la verdad es principio de vida moral y hace posible al cristiano «caminar en la verdad»<sup>101</sup>. Esta expresión evoca el lenguaje del Antiguo Testamento, donde con frecuencia se habla de ese «caminar en la verdad»<sup>102</sup>.

Recordemos el valor de esta interpretación de la verdad en San Juan. Es, sin duda, una aportación sugerente y enriquecedora para un mejor conocimiento de tan importante tema joanneo. Es más, algunos pasajes son muy difíciles de entender si no se recurre al concepto sapiencial y apocalíptico de la verdad<sup>103</sup>. Sin embargo, el tema de la verdad en San Juan, como ya dijimos, es difícil de encuadrar en una sola área conceptual. Su rico contenido requiere una mayor flexibilidad y apertura de pensamiento. Por ello no se puede desdeñar del todo el concepto helénico de verdad, pues a veces San Juan apunta en esa dirección, sobre todo cuando se trata de la verdad como una cualidad de algo que es real y distinto de lo que es falso y engañoso. Pero sobre todo, hay un espacio ideológico del que nuestro hagiógrafo depende más de lo que puede parecer a primera vista. Ese espacio es el constituido por el Antiguo Testamento<sup>104</sup>. Hagamos, pues, un recorrido sucinto por él, desde la perspectiva del concepto de verdad para ver en qué medida el IV Evangelio se apoya en los libros de la Antigua Alianza<sup>105</sup>.

Ya nos hemos fijado en algunos de los escritos veterotestamentarios al hablar de los campos apocalíptico y sapiencial. Pasemos ahora a otros géneros literarios del Antiguo Testamento, tan rico y variado, tan luminoso y esclarecedor a la hora de interpretar los del Nuevo. Lo primero que se observa en este campo es que hay un redondo abanico

98. Jn 8, 36. «Conviene que dejemos que el Señor se meta en nuestras vidas, y que entre confiadamente, sin encontrar obstáculos ni recovecos. Los hombres tendemos a defendernos, a apegarnos a nuestro egoísmo. Siempre intentamos ser reyes, aunque sea del reino de nuestra miseria. Entended, con esta consideración, por qué tenemos necesidad de acudir a Jesús: para que El nos haga verdaderamente libres y de esa forma podamos servir a Dios y a todos los hombres». *Es Cristo que pasa*, n. 17.

99. Cfr. Jn 17, 17.19.

100. Cfr. 1 Jn 3, 9.

101. 2 Jn 4.

102. Cfr. Sal 25, 5; 26, 3; 86, 11; etc.

103. 79. Así, por ejemplo, Jn 5, 33; 17, 17.19; 18, 37s.; etc.

104. Sobre el uso del Antiguo Testamento en San Juan podemos decir con G.L. CAREY: «In John's case his use is often subtle, indirect and allusive. Compare, for example, the fact that in the Wescott-Hort list of OT references only 27 passages are listed for John, whereas there are 70 for Mark 109 for Luke and 124 for Matthew». *The Lamb of God*, «Tyndale Bulletin» 32 (1981) 107.

105. Cfr. J.M. CASABÓ, *La teología moral en San Juan*, Madrid 1970, p. 231.

de matices sobre el concepto de verdad, אמת, 'emet<sup>106</sup>. Es un término que se usa ciento veintiseis veces y que la versión griega de los LXX suele traducirlo por ἀλήθεια, *alétheia*. En efecto, así lo hace ochenta y siete veces, mientras que doce veces lo traduce por ἀληθινός, *alethinós* y otras por ἀληθεύς, *alethés*, ἀληθῶς, *alethós* o ἀληθεύειν, *aletheúein*<sup>107</sup>. Suele estar relacionado con los vocablos שָׁלוֹם, *shalom*, תָּמִים, *tamim*, חֶסֶד, *hesed* y סֶדֶק, *sedec*, a los que frecuentemente califica<sup>108</sup>. Es interesante destacar la relación que se da entre חֶסֶד, *hesed* y אמת, 'emet, atributos referidos con frecuencia de forma conjunta a Dios, misericordioso y fiel, dato que aporta mucha luz a la interpretación que más adelante proponemos a Jn 8, 32.

Una primera acepción en el Antiguo Testamento de אמת, 'emet pertenece al campo jurídico, donde se habla de la verdad de unas pruebas o de unos testimonios<sup>109</sup>. En este sentido es correcta la versión de אמת, 'emet por ἀληθής, *alethés*, pero no en el sentido de verdadero sino de válido<sup>110</sup>. Se acentúa, por otra parte, el matiz de absoluta certeza de una realidad eficaz. Así, por ejemplo, se dice que la palabra de Yawéh es verdad, o sea, verdaderamente eficaz<sup>111</sup>. El concepto traspasa el campo jurídico para significar una realidad que ha de ser reconocida como tal por todos y en cualquier circunstancia. Se trata entonces de algo realmente válido, sólido y seguro, algo estable y duradero. Según esto una paz de verdad es una paz permanente<sup>112</sup>, así como un camino de verdad es el que conduce indefectiblemente al final deseado.

Pero donde más interés reviste el אמת, 'emet, veterotestamentario es en el terreno religioso, en donde la palabra derivada אָמֵן, *amen*, ha permanecido intocable dentro del uso litúrgico, y que «no se ha traducido dice San Agustín para que se le guarde con cierto respeto bajo el velo del misterio. No para tenerla encerrada, sino para que no pierda su mérito al ser explicada»<sup>113</sup>. En esa zona religiosa la verdad se vincula íntimamente con la moral, en cuanto que indica de ordinario fidelidad

106. Cfr. G. QUELL, en *Grande Lessico del Nuovo Testamento* de R. KITTEL, Brescia 1965, t. I, c. 628.

107. También se traduce por δικαιοσύνη, *dikaioσύne* cuatro veces, otras cuatro por δίκαιος, *dikaíos*, y tres por πίστις, *pístis* o πίστεις, *písteis*.

108. Cfr. Sal 71, 22; 89; 158, 2; Os 2, 21s.; Ne 9, 33; Za 8, 8.

109. Cfr. Dt 22, 20; Jo 2, 12; Est 9, 30; etc.

110. Así lo hemos traducido en Jn 8, 13.14.17 de la *Sagrada Biblia*, Pamplona 1980, t. IV, pp. 207s. Este dato apoya el hecho de que el sentido polivalente de verdad del Antiguo Testamento es recogido por nuestro hagiógrafo.

111. Cfr. 1 R 17, 24; Jr 23, 28.

112. Cfr. Jr 14, 13.

113. *Tract. in Joann.* 41.

114. Cfr. I. DE LA POTTERIE, en *Vocabulario de teología bíblica* de X. LÉON-DUFOUR, Barcelona 1965, p. 821.

o lealtad<sup>114</sup>. Así Yahwéh es el Dios fiel (cfr. Dt 7, 9; 32, 4; Sal 31, 6; Is 49, 7), que guarda por siempre su alianza. En este contexto, como dijimos, se asocian con frecuencia *הסד*, *hesed* y *אמת*, *‘emet* para expresar la misericordia permanente de Dios, su amor siempre fiel<sup>115</sup>. En ese caso estamos ante una endíadis, es decir una construcción literaria con dos términos en la que la segunda palabra modifica a la primera. Así el término amor seguido de verdad o fidelidad, equivale a amor de verdad, o amor fiel. En nuestro caso la verdad es una cualidad que significa que la palabra divina nunca falla ni será jamás revocada. Esa circunstancia llena de fortaleza al creyente, que ve en Dios su escudo, su baluarte, su roca, su ciudad amurallada<sup>116</sup>.

Aplicado a los hombres el concepto de verdad implica respeto al derecho<sup>117</sup>, así como supone sinceridad en el hablar que hace irrevocable lo que se dice<sup>118</sup>. «La Verdad tiene una dimensión de exigencia práctica. Obrar la verdad, ser de la verdad, significa abrirse a la luz, renunciar al pecado y a las propias tinieblas, aceptar como norma de vida el mandamiento nuevo, reconocer a Jesucristo como el único Camino y adorar al Padre en Espíritu y en verdad (4, 23-24)»<sup>119</sup>.

Respecto a la verdad apunta también el Antiguo Testamento a una actitud de fidelidad en el mismo hombre. Así un hombre de verdad es un hombre de confianza que nunca fallará, ni se echará atrás en sus decisiones (cfr. Os 4, 2; Ex 18, 21; Ne 7, 2). Ordinariamente se alude a la lealtad para con Dios, a la fidelidad a su llamada. De aquí que *אמת*, *‘emet*, se aplique al hombre justo y de corazón íntegro<sup>120</sup>. Es una cualidad muy apreciada en las relaciones sociales. Resulta curioso ver como la fórmula *הסד ואמת*, *hesed we‘emet*, tan propia de Yahwéh, se aplica también a los hombres. Así, por ejemplo, Jacob pide a su hijo José, cuando estaba para morir, que sea con él *הסד ואמת*, *hesed we‘emet*, y no lo entierre en Egipto sino en la sepultura de sus padres<sup>121</sup>.

## 5. VERDAD Y FIDELIDAD

Este sentido de fidelidad dado a la verdad es adoptado por algunos autores al explicar ciertos pasajes joanneos. Así en Jn 1, 14, según Muñoz León, «la expresión “gracia y verdad” en este caso correspon-

115. Cfr. Ex 34, 43; Gn 24, 27; 2 S 2, 6; 15, 20.

116. Cfr. Sal 40, 12; 43, 23; 54, 7; 61, 8; 111, 73.

117. Cfr. Pr 29, 14; Ez 18, 8; Za 7, 9.

118. Cfr. Pr 12, 19.

119. D. MUÑOZ LEÓN, *Proclamación del Evangelio de S. Juan*, Madrid 1988, p. 199.

120. Cfr. Jo 24, 14; 2 R 20, 3; Za 8, 3; etc.

121. Cfr. Gn 47, 29; Jo 2, 14.

de al hebreo **חסד ואמת**, *hesed we'emet* (amor y fidelidad con que Ex 34, 6s. define a Dios)<sup>122</sup>.

Según esto, la frase del Prólogo «lleno de gracia y verdad», coloca a Jesucristo en la misma línea de Yahwéh, pues esa gracia y verdad corresponden al **חסד ואמת**, *hesed we'emet*, de los salmos, que cantan la bondad y la fidelidad, la misericordia y la lealtad de Dios<sup>123</sup>. También cuando el hagiógrafo dice que la gracia y la verdad nos vienen por Jesucristo (cfr. Jn 1, 17), se nos enseña que con Cristo nos llega la redención, en virtud de la cual el hombre recibe la gracia del perdón y la fortaleza que proviene de un amor siempre fiel<sup>124</sup>.

Es en esta misma línea de verdad-fidelidad como, a nuestro entender, se puede interpretar Jn 8, 32. En apoyo de esta interpretación tenemos aquellos pasajes en los que la verdad se relaciona con la caridad, con el amor. En ocasiones esa relación es implícita. Así ocurre cuando se afirma que «quien obra según la verdad viene a la luz»<sup>125</sup>, expresión típicamente joannea<sup>126</sup>. Pero en qué consiste venir a la luz. Nos lo declara San Juan cuando dice que el que permanece en la luz es aquel que ama a su hermano<sup>127</sup>.

Por ello el que es fiel amador del hermano es el que obra según la verdad y, al hacerlo de forma continua, viene a la luz y permanece en ella. Por otra parte, ese pasaje sobre obrar según la verdad y venir a la luz está en un contexto en el que se habla de que «tanto amó Dios al mundo que le entregó a su Hijo unigénito»<sup>128</sup>. Este es el gran motivo que fundamenta el amor del hombre a Dios, y que brota en justa correspondencia a ese inmenso amor divino, pero no como un querer pasajero, efímero y engañoso, sino como un amor perseverante, fiel, leal, auténtico, de verdad.

Veamos otro texto más explícito en apoyo de la estrecha relación entre la verdad y amor leal o fidelidad. San Juan advierte que es preciso amar «no de palabra ni de boca, sino con obras y según la verdad. En esto conocemos que somos de la verdad»<sup>129</sup>. Con ello se especifica

122. D. MUÑOZ LEÓN, *o.c.*, p. 195.

123. A esta interpretación se opone I. DE LA POTTERIE (cfr. *Studi di cristologia giovannea*, Genova 1986, pp. 241s.). También la rechaza J.M. CASABÓ, *La teología moral en San Juan*, Madrid 1970, p. 231, aunque reconoce que otros autores la adoptan. Entre estos Casabó cita a LL. WENDT, M.E. BOISMARD, J. GILLET y R. SCHNACKENBURG. En la *Sagrada Biblia*, Pamplona 1980, t. IV, p. 95, también hemos optado por esta interpretación.

124. En este mismo sentido creemos que se pueden entender los vv. de Jn 17, 17 y 19.

125. Jn 3, 21.

126. Cfr. Jn 12, 35; Jn 1, 17; etc.

127. Cfr. 1 Jn 2, 10.

128. Jn 3, 16.

129. 1 Jn 2, 10.

una vez más la índole del amor cristiano, cuya principal característica es la de la verdad; es decir, es verdadero, fiel y permanente, eterno podemos decir, en cuanto es participación del amor divino, y porque perdurará en el más allá, cuando todo lo demás pase<sup>130</sup>.

En la segunda carta, San Juan llama a sus lectores sus hijos, a quienes ama «según la verdad», y no sólo él «sino también cuantos conocen la verdad». Y ese amor es así, declara a continuación, «a causa de la verdad que permanece en nosotros y que estará con nosotros para siempre»<sup>131</sup>.

En tan breve texto, habla varias veces San Juan de la verdad. Primero refiriéndose a ese amor que es «según la verdad», según esa lealtad y firmeza, añadimos nosotros, que distingue al amor que Cristo ha predicado y que ha sido imbuído en el corazón del hombre por la fuerza del Espíritu. A esta realidad se refiere San Pablo cuando habla de que «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha sido dado»<sup>132</sup>.

Esta doctrina también está presente en otros autores sagrados, como es por ejemplo Ezequiel cuando refiere que Yahwéh promete a su Pueblo darle «un corazón nuevo», «un espíritu nuevo» infundiéndolo su רוח, *ruah* en ellos y cambiándoles el corazón de piedra que entonces tienen por un corazón de carne. «Infundiré mi espíritu en vosotros —dice el Señor— y haré que os conduzcaís según mis preceptos y observéis y practiquéis mis normas»<sup>133</sup>. Esta docilidad, como vemos, es un don divino que capacita al hombre a cumplir la Ley libre y voluntariamente, gustosamente.

Hay, por tanto, una fuerza interior que facilita cumplir con la Ley, facilidad que bien puede llamarse libertad para cumplirla. Se trata de un impulso íntimo que permite actuar por convicción personal, por propio impulso. Así se explica, por tanto, que Jesús diga a sus interlocutores que si son realmente discípulos suyos, entonces conocerán<sup>134</sup> la verdad y la verdad les liberará, es decir les hará realmente li-

130. Cfr. 1 Co 13, 8.13.

131. 2 Jn 1-2.

132. Rm 5, 5.

133. Ez 36, 26-27. Abundando en este aspecto, podemos citar a 1 Jn 2, 4: «Quien dice: Yo le conozco y no guarda sus mandamientos es un mentiroso y la verdad no está en él». Por el contrario, podemos afirmar, el que guarda sus mandamientos, resumidos en el «mandatum novum» del amor mutuo, tiene en él la verdad.

134. Es preciso tener en cuenta que para San Juan el verbo «conocer» supone algo más que el mero saber. Implica una elección, un acto de la voluntad que se adhiere a eso que conoce. Esta concepción, por otra parte, está presente con frecuencia en el Antiguo Testamento donde el verbo hebreo [יָדָע, *yada'*, contiene en sí ese matiz volitivo y de elección que señalábamos.

bres. En efecto, por una parte la verdad les capacitará para saber lo que es realmente bueno a la hora de actuar. Además, por otro lado, el esplendor y belleza de esa verdad conocida les animará y entusiasmará de tal forma, que actuarán con toda espontaneidad y voluntariedad.

En este pasaje del saludo de la segunda carta de San Juan, al decir que, lo mismo que él, les aman los que conocen la verdad, se da claramente a ese conocimiento, ese matiz tan importante del conocer bíblico, no sólo intelectual, sino también volitivo.

Esa verdad conocida hay que entenderla aquí en el sentido de revelación. Así quienes conocen lo que Cristo ha revelado respecto al amor mutuo, se inclinan a cumplir con ese mandamiento nuevo de amar a los demás. Y todo eso ocurre a causa de la verdad revelada por Cristo, que permanece en ellos para siempre. En este sentido la verdad adquiere el significado de ser una fuerza interior, procedente de la caridad, del amor cristiano de que venimos hablando y que mueve a querer siempre, con una fidelidad perenne.

Esta introducción de la segunda carta de San Juan concluye asegurándoles que «la gracia, la misericordia y la paz de parte de Dios Padre y de Jesucristo, el Hijo del Padre, estarán siempre con nosotros según la verdad y el amor»<sup>135</sup>. Una vez más aparecen unidos y relacionados los dos conceptos del amor y de la verdad, que mutuamente se determinan y especifican, pudiendo hablar del amor de verdad, y de la verdad del amor.

En la tercera carta de San Juan hay otra referencia a la verdad en el sentido que venimos apuntando. Se refiere San Juan al enorme gozo que le produjo la noticia recibida sobre su hijo y discípulo Gayo: «Grande fue mi alegría al llegar los hermanos y dar testimonio de tu verdad, puesto que vives según la verdad»<sup>136</sup>. Ese testimonio de la verdad de Gayo versa sobre la conducta de éste en relación con los hermanos forasteros, que le han visitado y que, agradecidos por su buena acogida, dan testimonio de su caridad ante toda la Iglesia<sup>137</sup>. Por tanto, el testimonio sobre la verdad de Gayo es lo mismo que el testimonio acerca de su caridad, de su amor. Y esa conducta, ejercitar la caridad con los hermanos, es precisamente vivir según la verdad. Eso es lo que más alegría proporciona a San Juan, como ocurre en esta ocasión, cuando al escribir acaba de oír que un hijo suyo vive según la verdad, según las exigencias de una sincera fidelidad al mandamiento de Cristo, el de la caridad.

135. 2 Jn 3.

136. 3 Jn 3-4.

137. 3 Jn 6.

## 6. MOVIDOS POR EL AMOR

Desde esta perspectiva creemos que hay que entender la frase «la verdad os liberará». En efecto, el hombre está liberado cuando hace lo que debe y porque quiere. Y eso sólo es posible cuando, en primer lugar, conoce a través de la verdad lo que es realmente correcto. En segundo lugar, el hombre actúa con plena y auténtica libertad cuando al contemplar la verdad la admira y la quiere, obra por amor, movido por la fuerza interior de la fidelidad a un querer, bajo el impulso de la lealtad a un sincero amor. Por tanto, el actuar impulsado por la fuerza de una fidelidad inquebrantable es lo que, en definitiva, libera al hombre. La verdad es entonces un dinamismo interior, «una fuerza activa: libera del pecado, orienta e impele la conducta, hace amar»<sup>138</sup>.

Es preciso recordar que el concepto de verdad es en San Juan polivalente y que una interpretación exclusivista no es la más adecuada. El sentido, dentro de la gama que la verdad puede tener, ha de ser dado por el contexto. Así, unas veces la verdad equivaldrá a la realidad, a lo que ciertamente es. Otras hará referencia al contenido de la Revelación, a ese designio salvador del que Cristo es testigo y encarnación. Por último, la verdad puede equivaler a fidelidad, a un amor siempre fiel, como ocurre en los textos presentados. Con San Agustín podemos afirmar que «actuando con amor actuamos con espíritu de libertad, mientras que quien actúa con miedo lo hace con espíritu de siervo»<sup>139</sup>.

En el caso de Jn 8, 31-32 se dan, a nuestro parecer, esos tres sentidos que puede tener el concepto de verdad en San Juan. Así cuando se afirma que si permanecen en su palabra son en verdad (ἀληθῶς, *alethós*) discípulos suyos, está diciendo que esa actitud perseverante en guardar la palabra del Maestro es lo que hace al creyente un discípulo verdadero, auténtico. El segundo sentido, el de la verdad como revelación, está señalado a continuación, cuando dice que conocerán<sup>140</sup> la verdad (ἀλήθεια, *alétheia*), esto es, comprenderán y amarán cuanto Dios les ha comunicado por Jesucristo, esa verdad que les descubre la inmensidad del amor del Padre. Por tanto, al hablar de que la verdad (ἀλήθεια, *alétheia*) los liberará se está refiriendo al concepto de verdad como leal querer, fidelidad, pues es esa disposición interior

138. J.M. CASABÓ, *o.c.*, p. 234.

139. *Enarrat. in Ps.*, 67, 18.

140. A este respecto recordemos lo que hemos afirmado en la nota 110. Según ésto el conocimiento de la verdad, aquí señalado, implica el amor hacia esa verdad. Es un detalle más que nos acerca al concepto de verdad como fidelidad a un compromiso de amor, que defendemos en Jn 8, 32.



del amor lo que hace que el hombre actúe como quiere, haga lo que quiere y porque lo quiere. Esa verdad, insistimos, la Verdad, es tan bella y atrayente que el entendimiento la desea sobre todas las cosas. Ello hace que la voluntad la ame y la secunde con una actuación acorde con esa Verdad, libre y gustosamente.

Así, pues, dice San Agustín: «En la casa del Señor la esclavitud es libertad. Libre porque el servicio no lo impone la necesidad sino la caridad»<sup>141</sup>. También con el Obispo de Hipona afirmamos que «la ley de la libertad no es otra que la ley de la caridad»<sup>142</sup>. Por tanto, «la razón por la cual en el recto obrar no hay ningún vínculo de necesidad, es porque se da la libertad de la caridad»<sup>143</sup>. Con razón exclama el apasionado converso: «¡Oh verdad eterna, verdadera caridad, y querida eternidad! Tú eres mi Dios, por ti suspiro día y noche... ¡Tarde te amé, hermosura tan antigua y tan nueva, tarde te amé! Estabas tú dentro de mí, y yo andaba buscándote fuera...»<sup>144</sup>.

Digamos para terminar que esa conexión entre verdad-fidelidad y la libertad, está presente de alguna forma en el modo de entenderse la libertad en el Nuevo Testamento. Así ocurre cuando afirma Sal Pablo que «los que son movidos por el Espíritu de Dios, esos son hijos de Dios»<sup>145</sup>. Destaca el Apóstol en ese mismo texto la diferencia profunda que hay entre los que son dóciles a las mociones del Espíritu y los que, por el contrario, las resisten. A éstos los considera hombres con un espíritu de siervos que los esclaviza y subyuga<sup>146</sup>. En cambio, los hijos de Dios son libres con una libertad única, la libertad gloriosa de los hijos de Dios, la libertad con que Cristo nos liberó<sup>147</sup>. Apoyado en esa realidad, proclama el Apóstol que donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad. En efecto los hijos de Dios se han de regir por la ley perfecta de la libertad y por esa ley serán juzgados<sup>148</sup>. Ley, por otra parte, que no es algo postizo sino íntimo, metida en el corazón<sup>149</sup> y en él escrita<sup>150</sup>.

En esta línea Juan Pablo II afirma que «El amor al prójimo brota de *un corazón que ama* y que, precisamente porque ama, está dispuesto a vivir *las mayores exigencias*»<sup>151</sup>. «El hombre es libre —añade

141. *Enarrat. in Ps.*, 99, 7.

142. *Epist.* 167, 6. 19. Cfr. *De libero arbitrio*, 2, 13, 37.

143. S. AGUSTÍN, *De natura et gratia*, 65, 78

144. *Id.*, *Conf.* 7, 10; 10, 27.

145. Cfr. Rm 8, 14.

146. Cfr. Rm 8, 15.

147. Cfr. Rm 8, 21.

148. Cfr. St 1, 25; 2, 12.

149. Cfr. Jr 24, 7; 31, 33.

150. Cfr. 2 Co 3, 3.

151. JUAN PABLO II, *Veritatis splendor*, n. 14.

Juan Pablo II— mediante el amor, pues el amor es fuente de predilección para todo lo que es bueno»<sup>152</sup>. En cuanto al Fundador del Opus Dei, entre otras cosas, nos dice que «por amor a la libertad, nos atamos. Únicamente la soberbia atribuye a esas ataduras el peso de una cadena. La verdadera humildad, que nos enseña Aquel que es manso y humilde de corazón, nos muestra que su yugo es suave y su carga ligera<sup>153</sup>: el yugo es la libertad, el yugo es el amor, el yugo es la unidad, el yugo es la vida, que El nos ganó en la Cruz<sup>154</sup>. La fidelidad al amor es, en definitiva, lo que libera al hombre de modo radical, la fuerza interior que le hace capaz de llevar a cabo, gustosamente, porque quiere, los más costosos sacrificios con plena libertad.

»¿Lo veis? —añade el Beato Josemaría Escrivá<sup>155</sup>— La libertad adquiere su auténtico sentido cuando se ejercita en servicio de la verdad que rescata, cuando se gasta en buscar el Amor infinito de Dios, que nos desata de todas las servidumbres. ¡Cada día aumentan mis ansias de anunciar a grandes voces esta insondable riqueza del cristiano: *la libertad de la gloria de los hijos de Dios!*<sup>156</sup>. Ahí se resume la *voluntad buena*, que nos enseña a perseguir *el bien, después de distinguirlo del mal*»<sup>157</sup>. De ese modo, junto a ese amor que nos mueve a actuar gustosamente, tenemos la persuasión de estar actuando correctamente, en plena conformidad con la verdad.

152. JUAN PABLO II, *Cruzando el umbral de la esperanza*, Barcelona 1994, p. 220.

153. Cfr. Mt 11, 29-30.

154. JOSEMARÍA ESCRIVÁ, *Amigos de Dios*, Madrid 1977, n. 31.

155. *O.c.*, n. 27.

156. Rm VIII, 21.

157. S. MÁXIMO CONFESOR, *Capita de caritate*, 2, 32. PG 90, 995.